LAS ILUSTRACIONES EN LA LITERATURA INFANTIL

Eduardo Spranger nos ha dicho que la fantasía, en el niño, es un diálogo con las cosas. De tal modo las hace vivir que no tiene consciencia de que las anima.

Una estampa no es, para un niño, lo instantáneo de una escena. Es una realidad interminable, una historia movidísima en la cual los personajes desempeñan los papeles más variados. Una narración fantástica es de tal suerte que a veces se tiene la impresión nítida de que al expresarse el niño figurativamente ha ampliado la estampa, desdoblado en forma indefinida, los márgenes del cuadro.

Quien observe a un niño comentando los elementos de un grabado tendrá oportunidad de descubrir toda su estructura psíquica. La ilustración debe ser, por consiguiente, considerada como excelente vehículo para su expresión verbal.

Planteada la cuestión en estos términos, cabe preguntar: ¿Las láminas deben ser coloreadas o simplemente dibujadas? ¿Qué asuntos prefieren o qué géneros o técnica los impresionan mejor?

De las bellas artes la que más interesa a los niños es la pintura, aunque no la admiren como nosotros. No les impresiona la perfecta afinación de los valores para el relieve de los planos. Se puede afirmar que toda la seducción está en el colorido.

Entre dos grabados, uno de excelente dibujo y otro de dibujo inferior, pero de colorido fascinante, preferirán el segundo. El primitivismo de sus mentalidades los conduce a la contemplación de los colores vibrantes.

En cuanto a lo que se pueda deducir de los experimentos hechos, son los cromos claros, los azules ultramarinos, los bermejos de laca y los verdes luminosos, es decir, los compuestos de cadmio y azules transparentes, los que más atraen la atención de los niños.

¿Por qué dan preferencia a las láminas coloreadas? Porque el
primitivismo exige la aplicación de los colores como complemento de aproximación a la realidad observada.

Los niños no tendrían mucho interés por las muñecas si, fabricadas sólo del color del material, no comprenderían, como los pueblos de las civilizaciones primitivas, la escultura y la arquitectura sin coloración.

Se llega por eso a la conclusión, o por lo menos a la indicación, de que las ilustraciones para la infancia deben ser, preferentemente, coloreadas.

En cuanto al dibujo conviene recordar que los niños manifiestan interés por las representaciones imitativas de sus dibujos, y la psicología explica abundantemente la razón de esa falta de interés.

El dibujo es para el niño un medio de expresión, necesario como el lenguaje hablado o escrito y no un instrumento mediante el cual pueda contemplar su propia personalidad.

El adulto cuando pretende dibujar como un niño aparece, pintorescamente, como si se pusiera en cuclillas para conversar con él en lenguaje infantil. En este particular es tan expresivo el engaño que los niños al ver una representación torturada intencionalmente, en vez de sonreír, juzgan el dibujo con una frase de lástima o de desdén.

Y ahora una observación sobre dos géneros de dibujo que no pueden ser comprendidos por los niños: La caricatura y la estilización. Ambas escapan a la percepción infantil por ser formas interpretativas de elevada sensibilidad artística.

Los dibujos precisos, de contornos precisos y de acuerdo con los detalles de los textos, son los que más les interesan.

Examinemos, ahora, el problema de los asuntos o motivos. Si la literatura infantil, entre sus variadas finalidades tiende también al desenvolvimiento de la inteligencia verbal, claro está que los asuntos deben crear un interés de aspecto atractivo y cuya seducción se completa con la ilustración.

De aquí, pues, la conveniencia de que la ilustración tenga siempre su composición subordinada a los asuntos de los textos, y que la habilidad del artista se muestre en la selección de los pasajes más sugestivos para las ilustraciones. En este punto es necesario recordar siempre que, de modo general, los niños no se interesan por los representaciones aisladas de personajes, o conjuntos del género de las “naturalezas muertas” y paisajes sin animación.

La preocupación máxima en las composiciones debe ser la de atender al principio de las escenas muy animadas, o, de las reunio-
nes de imágenes gráficas que permitan sugestiones capaces de transformar la narración en espectáculo.

Conviene, por último, que fijemos un punto con respecto a la calidad del dibujo. Como los niños no prestan gran atención a las profundidades —porque se trata de un problema de deformación aparente que no les interesa,— las composiciones deben contar pocos planos y bien definidos. Si, por acaso, el asunto elegido exigiese impresiones de gran profundidad, es preferible suprimirlo; pero si fuese indispensable, lo mejor será emplear el recurso clásico de la composición que destaca un primer plano bien definido, en fuerte contraste con un largo esbozo de pocos trazos.

El artista que dibuja para ilustrar literatura infantil debe poseer todas las cualidades técnicas de los buenos ilustradores, y, además, una comprensión del valor educativo de la obra.

I. Nereo de SAMPAIO